MELANCOLICAMENTE EN AREQUIPA

LÍMPIDO mar de luz el mediodía baña
el río y la ciudad, el puente y los nevados.
Un cóndor lento vuela resbalando
por la inmensa pupila azul del aire
y los ojos del puente rubios lloran
el oro rumoroso de sus aguas.

Nadie sabe mi nombre en Arequipa.
Varios tuertos maléficos me miran fijamente.
Me duele la garganta más que nunca
y el diablo que se encarga de ponerla en mi sangre
la gran porción de hiel que me ha correspondido,
mueve feliz el rabo y se sonríe.

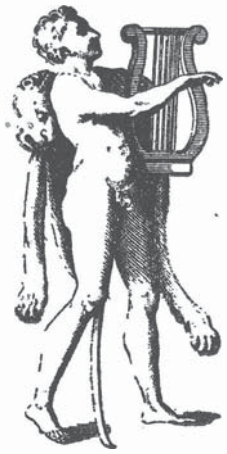
Estoy inmóvil. La desesperanza
hiela mi corazón. Ya no hay remedio;
y, sin embargo, pudo haberlo un día;
Tú lo sabes, Señor, si es que me escuchas;
Tú lo sabes, oh Dios, si de veras existes.
Mas todo ha sido un sórdido fracaso.
Dejaste sin cumplir todos mis sueños
y ha enlodado mi vida todo el fango del mundo.

He dado falsos besos.
He manchado mi carne en los burdeles
y lo mismo que Onán me he derramado.

Cuando a veces recuerdo las frescas esperanzas,
las perfumadas brisas de ilusión que anegaban
mis años juveniles, añoro aquel dichoso
bullir de vida en flor ya muerto para siempre.

¡Oh huerto de grosellas, donde por vez primera,
un viento de amor puro susurró quedamente
por los valles del alma! ¡Rosa celeste, luna
que alumbraste mis noches de amor desesperado...!

Pero en vano os invoco;
mi corazón ya vira hacia el invierno;
hacia los vastos hielos
donde llora la estatua de la ilusión perdida
y es imposible regresar de nuevo
hacia el aroma aquel de rosas niñas
que sonríen aún por mi memoria.



JOSÉ LÓPEZ RUEDA